

Otro tipo de sacerdocio

En 1990 fui a Medjugorje por primera vez. Tenía curiosidad por observar este fenómeno extraordinario de las apariciones de María y tenía muchas ganas de percibir también yo esa presencia, para poderme sentir acogido y escogido por Ella.

Siempre amé al Señor y desde niño viví esa relación, fiándome siempre de Él. También he pecado mucho en mi vida, pero debo decir que esto no me ha impedido dirigirme siempre a Dios, porque son los enfermos los que necesitan al médico.

Pasé algunos años de mi vida en el seminario, porque sentía el deseo de ser sacerdote, quería ser el *cura de los pobres*, de aquellos que viven en la miseria tanto material como espiritual. Quería llegar al encuentro del último, del marginado, del desorientado, del pequeño, del humillado, del encarcelado, del drogadicto, en resumen, de todos los que la sociedad rechaza. También yo fui pobre, por eso les amo y les entiendo. Debo dar gracias a Dios por haberme hecho tal como soy, mísero, y necesitado como esas personas de las que hubiera querido ser guía espiritual.

Siempre me he fijado en los últimos para aprender de ellos la humildad y el agradecimiento, porque en esto son grandes maestros. Es muy cierto que Dios elige a los suyos en este mundo de pequeños hombres, los que nuestra sociedad rechaza. Dios va en búsqueda de las personas abandonadas, que se sienten inútiles, porque desea amarlas, quiere cuidarlas, quiere transmitirles que son importantes para Él.

Tenía muchos proyectos, muchas buenas intenciones... Tenía el deseo de ser alguien importante para María, que pudiera llamarme por mi nombre e interesarse por mí y por mi vida, conmigo llevaba ese ejército de últimos que había encontrado durante mi vida. Pedía poder tener esa fuerza interior que pudiera llenarme sin miedo, para poder llevar adelante mi misión y llevar a los demás una palabra de esperanza. María estaba allí, esperándome, y había preparado todo para hacerme de verdad feliz. Ahora he comprendido que nuestros errores no son sólo un mal, sino que sirven para comprender a aquellos que han caído en nuestro mismo pecado, porque podemos ofrecer nuestra vida por ellos. He comprendido finalmente como **todos podemos ser sacerdotes: solo hay que tener el corazón abierto**.

Es tiempo de eliminar la hipocresía, lo de escondernos continuamente de Dios como Adán tras el pecado original, por miedo de Aquel que no conocemos y que pensamos que sólo puede castigarnos; Él, en cambio, es tan tierno que nos cede a su misma Madre como don, permitiendo que esté entre nosotros para mover nuestras almas hacia Él, que es *el Amor*. María es la Madre que nos guía y nos lleva a Dios sin mirar nuestras imperfecciones, es más, las justifica ante su hijo Jesús.

Cuando la Madre entra en nuestra vida, entonces aumenta la intimidad con Dios y podemos tener una relación familiar con el Padre. Ahora comienzo a amarla de verdad con el corazón, como se ama a los seres queridos, la quiero siempre cerca, en las alegrías y en las tristezas, como a la madre terrena, a la que se llama en la necesidad. A menudo por desgracia, hacemos lo siguiente: mantenemos lejos de nuestra vida a los

que de verdad nos aman y dejamos entrar esos falsos amores que poco a poco nos envenenan. María en su gran Amor de Madre, nos lava, nos cuida, nos alimenta, nos viste y nos presenta a Dios, que nos envuelve en su inmenso Amor.

Después de varios años de venir a Medjugorje, María me ha llamado a un camino de donación total de mi vida a Ella, y yo soy feliz de haber sido elegido para ser instrumento del reino de Dios. Contesto como Ella, *“hágase en mí según tu voluntad”*.

Sé que hoy día muchos de nuestros hermanos viven en la oscuridad y en el vacío, unos en el alcohol, otros en la droga, otros en la desesperación, en la miseria o en el hambre, otros en la violencia o en la prostitución y Dios quiere salvarlos a través de aquellos que se ofrecen con gozo, siendo así guías y luz para ellos en el Espíritu, a través de la oración y el ofrecimiento.

Esto es para mí la vida: *“Hacer sitio a María para ser como Ella, don para los demás y ser así verdaderos hijos del Padre, para estar en el mundo”*. Sólo si entramos en esta dimensión podremos vivir con gozo esa llamada y entrar en el Amor. Para hacer esto debemos morir cada día a nosotros mismos, seguros de que ésta no es muerte sino lo que genera la *vida en Dios* en nosotros y en los demás. Después de años tras ese lejano 1990, mi corazón, labrado y abonado por María, hoy está preparado para acoger la llamada de la familia espiritual *Kraljice Mira*, un gran don de María. En esta familia espiritual sólo se requiere ser manso, humilde y obediente, como el Cordero Inmolado, a la voluntad de Dios.

En Medjugorje, buscaba amor para mí mismo, la atención de María, y Ella me ha dado más: el amor por Ella y el deseo de buscarla siempre, para parecerme a Ella en la apertura de corazón a Dios y en el amor hacia los últimos, transformándome en ese sacerdote que quise ser para ellos, pero de otro modo, a través de la llamada de las Fraternidades de almas ofrecidas queridas por Ella, que **me ha enseñado otro tipo de sacerdocio para mis últimos, “el ofrecimiento de la vida”**.

Angelo Scuderi

Un camino victorioso

Hay un camino seguro para derrotar el mal en el mundo: ofrecer nuestra vida, esto es, pertenecer totalmente a Cristo, seguir su ejemplo, y si es necesario, hasta hacer de la propia vida un sacrificio de amor.

¿Cómo? Lo pondré en práctica cuando, ante el mal y el pecado del mundo que me hieren o que pasan ante mis ojos, no me ciervo en mí mismo, no condeno, no juzgo sino que acepto en mi vida cotidiana las pequeñas o grandes cruces (humillaciones, sufrimientos, injusticias, calumnias) por amor y por encima de ellas me entrego, como el Hijo agonizante en la cruz, al Padre como instrumento de expiación para el mundo. Este ofrecimiento mío tiene una gran fuerza porque obra en mí directamente el Hijo de Dios que quema el mal con el bien, que consume el odio con el amor.

Jesús en la cruz, con su sí, sanó la desobediencia de Adán y Eva y yo aceptando mis pequeños sufrimientos, y haciendo con Jesús la voluntad del Padre, paso a paso dejaré que Jesús sane en mí la desobediencia de nuestros padres que de algún modo influye en cada uno de nosotros desviándonos del camino recto.

Sergio Arnaldi

Señor, enséñame...

a orar

Enseñame a orar como tú has orado. Como has orado en el monte donde pasaste la noche *orando a Dios* (Lc 6,12), en el Getsemaní, donde imploraste para evitar la pasión y no fuiste escuchado (Mt 26,39), en la cruz donde te lamentaste del desamparo del Padre (Mt 27, 46).

Enseñame a orar con el gozo con el que agradeciste al Padre por esconder sus tesoros de sabiduría a los poderosos del mundo y revelarlos a los pequeños (Lc 10,21), y con el amor con el que en el cenáculo confiaste al Padre a tus discípulos y oraste por ellos y por todos los que a través de ellos, creyeron en ti (Jn 12,20).

Enseñame a orar como oró tu Madre en secreto en la casa de Nazaret, donde la alcanzó el anuncio del ángel y en la casa de Isabel donde entonó el cántico de amor y de alabanza por los grandes dones que Dios, inclinándose ante su humilde sierva, le había concedido; a orar como oran los ángeles y los santos en el cielo donde te adoran, te alaban, te agradecen con amor indefectible y puro.

Enseñame, Señor, a orar con confianza, con sencillez, con perseverancia: con confianza porque eres bueno y acoges a todo el que se dirige a ti, porque no abandonas nunca a nadie, si no eres abandonado; con sencillez, porque eres padre y no amas castigar y perder, sino perdonar y salvar; con perseverancia, porque tus planes, son siempre sabios y misericordiosos.

Sí, oh Señor mío, **enseñame** a orar con perseverancia sobre todo cuando no me escuchas, como tantas veces has hecho, como tantas veces haces. Si bien, y tú lo sabes, la oración que tu Espíritu me infundía y me infunde en el corazón era y es sincera, humilde, afligida y confiada. ¿Por qué, Señor, no me escuchas? ¡Pero, tampoco tú fuiste escuchado por el Padre! Confirma en mí la convicción que tus disposiciones son siempre paternas, incluso cuando quedan ocultas, paternas cuando incluso son dolorosamente misteriosas. Tú sanas incluso cuando hieres, estás cerca aun cuando pareces lejano, eres bueno incluso cuando te muestras severo; tú que no turbas nunca la paz de tus hijos si no es para darles una paz mayor y más segura.

Enseñame a orar con la conciencia viva de la culpa que solo tú puedes perdonarme, de la gran miseria de la que solo tú puedes librarme, de mi infinita necesidad que sólo tú puedes satisfacer, de mi profundo deseo que solo tú puedes saciar; a orar con el corazón incluso cuando calla mi lengua, con el corazón que grita en el silencio y te anhela a ti, único que puedes escucharlo, acogerlo y llenarlo; el pobre corazón que, resbalando sobre las cosas, intenta agarrarse a ellas para pedir un átomo de felicidad que no pueden dar.

Enseñame a orar en un continuo y gozoso coloquio contigo, mi invisible interlocutor, que me creaste para que exultara ante ti; a hablarte, a escucharte, a contestarte; sobre todo a contestarte cuando me preguntas y me interpeles, cuando me pides que me dé, y gozas de haber recibido, aun siendo tú dueño de todo.

Enseñame a recoger y recoge todo mi ser, la mente, el corazón, la memoria, la fantasía, la sensibilidad entorno a ti que eres el